



La guerra de Georgia

José Luis Calvo Albero

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Introducción

La breve guerra entre Rusia y Georgia, en agosto de 2008, fue un primer aviso de lo que estaba por venir y una muestra ya definitiva del nuevo rumbo estratégico que estaba tomando la Federación Rusa. Aunque Moscú había demostrado el año anterior su capacidad de actuar agresivamente en su “extranjero próximo”, con el masivo ciberataque contra la administración digital de Estonia, la guerra de Georgia fue la primera vez en la que se utilizó abiertamente la fuerza militar para garantizar la influencia exterior.

La guerra fue breve, la responsabilidad de su desencadenamiento no fue enteramente achacable a Moscú y su resolución mostró a un gobierno ruso moderado, que buscaba más mantener el statu quo que beneficiarse de un aumento de influencia o control territorial. Sin embargo, el conflicto envió un mensaje tan claro como duro a la OTAN y a Washington: Rusia no iba a permitir expansiones adicionales de la influencia occidental en los países surgidos de la antigua Unión Soviética. Eso se consideraba un área de influencia rusa, y Moscú estaba dispuesto, si era preciso, a defender esa área de influencia con las armas.

El camino hacia la guerra

Georgia fue uno de los Estados más inestables surgidos de la antigua URSS. En los años 90 sufrió una sucesión de guerras civiles que dejaron el país devastado y con dos regiones separatistas (Osetia del Sur y Abjasia) convertidas en entidades políticas independientes y apoyadas militarmente por la Federación Rusa. Una tercera región (Adjara) mantuvo también un gobierno autónomo fuera del control de Tiflis.

En el apoyo a estas regiones Moscú jugaba una doble carta: por un lado, mostraba su preocupación por las minorías rusas o prorrusas que, con la desintegración de la URSS, se sentían amenazadas por el nacionalismo surgido en sus nuevos países; por otro, utilizaba esa protección como excusa para interferir en la política interna de las nuevas repúblicas, especialmente de aquellas que pretendían librarse de la influencia rusa y acercarse a Occidente.

En 2004, las elecciones en Georgia dieron como vencedor a Mikhail Saakashvili, líder del Movimiento de Unidad Nacional, nacionalista y pro occidental. La victoria de Saakashvili fue el colofón a un largo periodo de decadencia económica e institucional que dio origen a la denominada “Revolución Rosa” en 2003. El país había estado hasta entonces liderado por Eduard Shevardnadze, antiguo ministro de asuntos exteriores de la URSS durante el mandato de Mikhail Gorbachov. Shevardnadze representaba el vínculo tradicional entre Rusia y Georgia, gozó por un tiempo del apoyo tanto de Moscú como de Occidente, y fue capaz de estabilizar Georgia, si bien precariamente, por algunos años.

Las dos guerras de Chechenia en territorio ruso (1994-1996 y 1999- 2000) afectaron sensiblemente al país, que debió hacer un considerable esfuerzo para impedir que los rebeldes chechenos utilizaran su territorio como base de operaciones. La economía nacional se resintió y tanto el apoyo ruso como el occidental disminuyeron enormemente, el primero por las acusaciones de inacción contra las guerrillas chechenas y el segundo por la corrupción y el nepotismo en los que gradualmente se sumergía el régimen de Shevardnadze. En esas circunstancias, Saakashvili apareció como un líder joven, comprometido con el giro hacia Occidente y capaz de realizar las reformas que el país necesitaba. Como en todas las “revoluciones de colores” que tuvieron lugar en las repúblicas surgidas de la URSS, la Revolución Rosa combinó la sincera indignación de una población harta de corrupción y mala gestión, con el apoyo de Occidente a candidatos favorables a sus intereses, en una estrategia orientada a debilitar la influencia rusa.

La recuperación de las zonas separatistas fue una de las prioridades de Saakashvili, que consiguió un primer éxito en 2004, cuando una crisis en la república de Adjara permitió que el gobierno georgiano retomara el control de la provincia. Temiendo que el nuevo presidente georgiano intentase hacer lo mismo con Osetia del Sur y Abjasia, el gobierno ruso de Vladimir Putin reforzó los lazos

con ambas repúblicas y dio un nuevo impulso a la política de ofrecer pasaportes rusos a sus habitantes. Los llamamientos de Saakhasvili para un arreglo negociado del problema de las repúblicas separatistas fueron desoídos y los despliegues militares e incidentes entre tropas georgianas, osetias y fuerzas de pacificación rusas en Osetia fueron aumentando. En 2006, los choques entre tropas georgianas y milicias abjasias en la garganta de Kodori estuvieron a punto de provocar un nuevo conflicto.

La crisis estalló en 2008 cuando en la cumbre de la OTAN en Bucarest, Estados Unidos propuso iniciar un proceso de adhesión a la organización para Ucrania y Georgia. El presidente ruso, Vladimir Putin, advirtió de que eso sería una línea roja para Rusia y amenazó veladamente con represalias. Poco después, la Duma (el parlamento ruso) reconoció oficialmente a las autoridades e instituciones de Abjasia y Osetia del Sur. Era el paso previo al reconocimiento diplomático como Estados independientes. A partir de ese momento la crisis escaló, con declaraciones y movimientos de tropas cada vez más agresivos. Rusia reforzó sus unidades desplegadas en los enclaves separatistas como fuerzas de paz y Georgia hizo lo propio con las suyas (según un acuerdo de 1992 había tropas georgianas y rusas desplegadas en Osetia del Sur y solo rusas en Abjasia).

En agosto se produjeron una serie de incidentes cada vez más graves entre tropas de pacificación georgianas en Osetia del Sur y milicias de la república separatista. Un ataque mediante un artefacto explosivo improvisado contra miembros de la policía georgiana fue seguido por otro ataque contra puntos de control osetios y por un intercambio generalizado de fuego de artillería a partir del 6 de agosto. El presidente Saakhasvili ordenó entonces una acción en fuerza del ejército georgiano, que cruzó la frontera de Osetia el 7 de agosto. La guerra era ya un hecho.

Hostilidades y victoria rusa

Es difícil introducirse en la mente del presidente Saakhasvili en agosto de 2008 e incluso es todavía difícil saber en detalle la naturaleza de los incidentes militares que llevaron al estallido de la guerra. No obstante, todo indica que el presidente georgiano se equivocó enviando a sus fuerzas a Osetia del Sur. Es cierto que las provocaciones habían partido sobre todo de las milicias osetias y que se habían producido algunas bajas entre las fuerzas georgianas, pero la reacción militar contra Osetia solo sirvió para dar una excusa a Moscú para una intervención militar directa. Y Georgia sencillamente no podía ganar una guerra contra la Federación Rusa.

Es posible que el presidente georgiano realizase una valoración mal fundada de la capacidad rusa de reacción militar. En las dos guerras de Chechenia las fuerzas armadas rusas se habían comportado muy torpemente, siendo derrotadas varias

veces en batallas semi convencionales por unas milicias chechenas que apenas reunían a unos miles de combatientes. También es posible que sobrevalorase el respaldo de la OTAN, seguramente sólido pero que no iba a iniciar una intervención militar en un lugar tan remoto como el Cáucaso. En cualquier caso, la ofensiva georgiana era la oportunidad que Moscú estaba esperando.

En aquel momento, por razones de limitación de mandatos presidenciales, Vladimir Putin era primer ministro, con Dimitri Medvedev actuando como presidente. No obstante, se trataba simplemente de un arreglo para mantener en el poder a Putin, que seguía llevando las riendas de la Federación Rusa. Suele asumirse que Putin había preparado cuidadosamente la intervención militar en Georgia, aunque el desarrollo de las operaciones puede arrojar dudas sobre esta afirmación. Las tropas rusas, que ya no eran las desastrosas fuerzas de la Primera Guerra Chechena, mostraron no obstante profundas carencias y fallos de coordinación que no encajan con una preparación metódica de las operaciones.

La guerra se inició con la ofensiva georgiana sobre la capital de Osetia del Sur, Tsinvali, que cayó rápidamente. Sin embargo, no se pudo ocupar el túnel de Roki, que enlazaba la capital con las guarniciones rusas en el Cáucaso Norte. Tras algunos intentos infructuosos por prevenir las hostilidades, que ya aparecían inminentes, las tropas rusas entraron en fuerza en Osetia del Sur el 9 de agosto. Su primer objetivo fue la capital, de la que expulsaron a las tropas georgianas en apenas un día, mientras su fuerza aérea comenzaba a bombardear bases y ciudades en el interior de Georgia. El uso de la fuerza aérea fue no obstante decepcionante, ya que la defensa aérea georgiana derribó varios Su-25, obligando al cese de las operaciones aéreas por un tiempo.

En tierra, las fuerzas rusas no tuvieron problema, con el apoyo de las milicias osetias y abjasias, para aplastar a las muy inferiores unidades georgianas. Tras el repliegue georgiano de Tsinvali, las tropas rusas penetraron en territorio de Georgia, capturando la ciudad de Gori. Sobrepasadas por la fuerza dirigida contra ellas y por la falta de profundidad para la defensa de su país, las fuerzas armadas georgianas se replegaron hacia la capital, Tblisi, para realizar allí una última defensa. No obstante, las fuerzas rusas frenaron su avance a unos 40 kilómetros de la capital el 12 de agosto.

El conflicto fue breve pero sangriento. El número de víctimas mortales se estima en unos 700, la mitad de ellos civiles. Las tropas rusas sufrieron apenas 60 o 70 muertos, con las milicias osetias encajando un número mayor de bajas. Las fuerzas armadas georgianas, modernizadas con gran esfuerzo durante el mandato de Saakhasvili, sufrieron unas pérdidas que afectaron seriamente a su operatividad.

Alto el fuego y consecuencias

Con la mediación del presidente francés Sarkozy, por aquel entonces representante también de la presidencia de la UE, y la Secretaria de Estado norteamericana, Condolezza Rice, Rusia y Georgia alcanzaron un acuerdo de cese de hostilidades de seis puntos. En resumen, las tropas georgianas y rusas regresaban a sus puntos de partida y se garantizaba la seguridad de Osetia del Sur y Abjasia. Pocos días después el parlamento ruso reconocía diplomáticamente a ambas repúblicas como Estados independientes y el número de tropas rusas en su territorio comenzó a aumentar en virtud de acuerdos bilaterales. Las fuerzas rusas no mostraron excesiva prisa en retirarse de las posiciones ocupadas en territorio georgiano y, aunque en octubre de 2008 la mayoría de ellas estaban ya de regreso a sus bases, algunos puntos de control no fueron desmantelados hasta 2010.

La guerra fue un claro éxito para Rusia, aunque también fue el inicio del camino de confrontación con el mundo occidental que ha culminado en la invasión de Ucrania en 2022. Medvedev y Putin mostraron al mundo que Rusia estaba dispuesta a utilizar la fuerza para conservar la influencia sobre lo que consideraba áreas vitales para su seguridad. También que Rusia debía ser tratada como una gran potencia y no como un Estado débil del que era posible aprovecharse para obtener ganancias geopolíticas. La guerra mostró la determinación rusa, pero también provocó un exceso de confianza y un espíritu de confrontación que probablemente terminará en desastre para Moscú.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022